

UNA EXCELENTE EXCUSA

Javier Agorreta Lumbreras

Tap tap tap tap tap.

Miguel corría a buen ritmo por la calle. Le gustaba hacerlo tres o cuatro veces por semana, y ahora que no podía a otra hora salía por las noches. Eso sí, contra la voluntad de su madre, que en el momento de salir de casa para correr enumeraba todo tipo de peligros posibles (e imposibles) que podían ocurrir: que te puedes resbalar, que no hay luz, que hace mucho frío, que no hay gente por la calle... Miguel reía por lo bajo, y le decía que quizás no regresase con vida de los horribles peligros del running nocturno.

Corría por la noche porque pasaba todo el día estudiando en la Biblioteca de la universidad. Los exámenes estaban al caer, y en esta convocatoria se jugaba terminar la carrera. Y aunque tenía sus inconvenientes, correr por la noche tenía para él algo de misterioso, de intrigante. Era casi como una pequeña aventura.

Solía escuchar música mientras corría, pero esa vez no lo hizo. Quería despejarse de todo el día de estudio, aunque sin quererlo los exámenes volvían a su mente. Le tenían bastante agobiado; no había estudiado lo suficiente, y no había sido por falta de tiempo. Como siempre, llegaba más que justo a la fecha del próximo examen, que también era el más importante. Le iban a faltar varios días para estudiarla con verdaderas opciones de aprobar, y esta vez no se le ocurría nada para convencer al profesor de que le pospusiera el examen, como ya hizo en alguna ocasión.

Además de ser especial y motivador, lo bueno de una carrerita nocturna es que puedes pasar por sitios por los que por el día están llenos de gente, o de coches. Sitios ruidosos e incluso insoportables que el corredor evita siempre que puede.

Sin embargo, por la noche todo eso cambia. Silencio profundo sólo roto por algún coche esporádico y algunas personas paseando a sus mascotas.

Ese día había decidido ir por un circuito que no solía hacer. Paralelo a un pequeño arroyo, estaba rodeado de fincas antiguas que en unos años acabarían siendo absorbidas por el avance imparable de la urbanización, aunque de momento seguían estando en las afueras de la ciudad.

Seguía avanzando, centrándose en el esfuerzo, cuando le pareció ver algo cerca de la puerta de una finca. Estaba mirándolo con absoluta tranquilidad, y cuando pasó a su altura ni se inmutó. Parecía un caballo, o un burro. Con la oscuridad que sólo conseguía disimular la luz tenue de unas viejas farolas no podía distinguirlo con claridad.

Todavía intentaba discernir si era un caballo o un burro, cuando en la siguiente finca un ladrido de un perro enorme le llevó el corazón a la boca. El animal se abalanzó contra la verja, a escasos dos metros de donde Miguel se encontraba. El susto le hizo tropezar con la acera irregular, y a punto estuvo de caer al suelo. “Joder, que susto”, pensó.

Los malditos perros en las malditas fincas. Más de una vez le había pasado trotando por calles residenciales que el ladrido de un perro (muchas veces no más grandes que una rata de alcantarilla) le había sobresaltado. Por eso solía correr por el centro de la calle, lo más alejado de los lindes de las propiedades. Pero el que ahora le ladraba, fuera de sí, era un perrazo enorme. Un San Bernardo, con toda seguridad, como el “Niebla” de los tiernos dibujos de Heidi. Esos que en las montañas suizas ayudaban a los montañeros extraviados con el Ron que llevaban en un pequeño barril atado a su cuello.

El susto y el tropiezo, que desbocaron su corazón ya de por sí revolucionado por el ejercicio, le hicieron pararse durante un instante a recuperarse. Quizá era un buen momento para dar la vuelta, y volver a casa. Pero mientras jadeaba agachado, con las manos apoyadas en los muslos, se fijó en una pequeña calle, o quizá sólo un camino, que giraba a la izquierda unos 50 metros más adelante.

Le sonaba vagamente, pero estaba seguro de no haber ido por allí nunca. De día no solía ir por esta zona, y cuando iba de noche no se había fijado, probablemente porque no tenía la iluminación mínima que necesitaba para correr sin peligro de torcerse un tobillo. Pero ahora el Ayuntamiento o los vecinos habían instalado unas farolas que alumbraban con cierta dignidad el camino.

Era un placer encontrar lugares nuevos por lo que pasar, sobre todo cuando uno pensaba que se conocía todas las rutas; así se le haría más ameno el ejercicio. Con el corazón más tranquilo, miró su pulsómetro: sólo llevaba 20 minutos corriendo; podía explorar durante unos 5 o 6 minutos, que sería un kilómetro a la velocidad a la que estaba corriendo, y si la calle no desembocaba en algún lugar conocido (cosa que dudaba: Cáceres no era tan grande), se volvería por donde había venido. Así pues, enfiló hacia el camino o calle y comenzó de nuevo a trotar.

El ser un lugar nuevo le hacía observar con atención el recorrido. Las fincas tenían un aspecto cuanto menos descuidado, llegando incluso a la ruina en otros, con verjas agujereadas y somieres usados como puertas. Los perros que casi todas estas fincas tenían podrían entrar o salir a su antojo; Miguel esperaba que estuviesen atados. Visto el estado de las fincas, costaba entender la razón de la nueva iluminación del camino.

Estaba pensando demasiado en los malditos perros, y eso le producía cierta inquietud. Sería también por el libro que estaba leyendo de Stephen King, muy dado a ese tipo de cosas. Aunque la verdad es que a veces tenía presentimientos que se cumplían; solían ser tonterías, como por ejemplo saber que canción iba a sonar en la radio, o pensar en alguien y encontrárselo a los pocos instantes. Le sorprendían durante unos momentos, pero luego se decía que eran coincidencias. Y probablemente lo fueran.

Llevaba sólo un par de minutos por el nuevo camino, y la novedad de la nueva ruta volvió a dejar paso a los exámenes en sus pensamientos. Iba a ser muy complicado aprobar si no conseguía cambiar la fecha del examen, inventándose algún cuento, una excusa convincente, pero... ¿qué?

De repente, sintió uno de sus presentimientos. Algo iba a ocurrir. Algo malo, quizá.

A los pocos instantes, sintió una presencia a su espalda, que se acercaba muy rápido. Miró por el rabillo del ojo, con el tiempo justo para ver algo muy grande que se abalanzaba sobre él. Cuando dejó de escuchar la carrera silenciosa del “algo”, Miguel se lanzó de bruces al suelo, sintiendo el aire que desplazaba el ser por encima de su cuerpo. Esta maniobra le hizo esquivar el ataque del ese “algo”, que aterrizó con brusquedad unos metros más adelante.

Al incorporarse, vio lo que era. Se trataba de un perro grandísimo; quizá el más grande que había visto en su vida. La verdad es que Miguel no sabía casi nada de razas de perros; pero éste sí le conocía. Era un Gran Danés, como el simpático Scooby Doo de la

serie de dibujos animados. Había leído algo acerca de ellos; podían llegar a pesar 100 kilos y medir un metro de alto.

El bicho en cuestión no pesaría 100 kilos, pero tampoco mucho menos. Era de color negro azabache, por completo, sin una mancha en un pelaje no muy limpio. La marca de la cadena que le tendría atado en alguna de las fincas ruinosas y mal cerradas se le marcaba claramente en el cuello, terminando de darle un aspecto temible.

Su conducta era extraña; le había perseguido en silencio, sin ladrar, y sólo el sonido de sus patas al tocar el suelo habían avisado a Miguel del peligro (¿o había sido su presentimiento?). Con toda probabilidad había pasado corriendo a su lado hacía unos instantes, pero su pelaje oscuro le hacía confundirse con la oscuridad. El perro estaba en posición de ataque, con las patas flexionadas y la cabeza gacha; gruñía con fuerza a la vez que enseñaba su fabulosa dentadura. La cosa parecía muy seria

Miguel se quedó quieto; sabía por experiencia que a los perros les alborotaba ver gente corriendo cerca de ellos. Aunque este no se le podía alborotar mucho más, no debía hacer movimientos bruscos.

Antes de poder hacer nada, este Scooby Doo con malas pulgas se abalanzó contra él. En un movimiento reflejo, Miguel se protegió con su brazo izquierdo. Cayó al suelo por el peso y la fuerza del animal, mientras sentía las mandíbulas de éste cerrándose en su brazo izquierdo, cerca de la muñeca. Un dolor penetrante le invadió.

Inesperadamente el perro reculó, haciendo unos ruidos muy extraños con la garganta, como carraspeando. Por un momento, Miguel tuvo la enloquecedora idea de que el animal le hablaría.

Mientras se incorporaba la bestia expulsó lo que le estaba ahogando. Era su pulsómetro, que por suerte le había arrancado al morderle el brazo, dándole a Miguel unos instantes para reponerse. En cuanto lo hizo, no esperó ni un instante para volver a atacar al corredor. Esta vez se lanzó a por su cuello.

Miguel reaccionó con habilidad. Agarró al perro por el cuello, parando en parte su arremetida. La fuerza bruta del animal era inmensa, pero Miguel tenía un brazo fuerte, y el espíritu de supervivencia lo potenciaba más.

Un breve forcejeo de unos segundos, como si de un pulso se tratara, acabó con las fauces del perro en la parte izquierda del cuello del corredor. Su brazo estaba cediendo, pero todavía evitaba que el mordisco del perro fuera profundo, aunque la sangre ya manaba de su cuello.

“Estoy jodido”, pensó, cuando se le ocurrió algo que seguro había visto en alguna película. Puso su mano izquierda sangrante en la cara del bautizado como Scooby Doo con malas pulgas, y se obligó a presionar su pulgar contra el ojo derecho de la bestia, de color distinto al izquierdo. Aplastó con todas sus fuerzas hasta que sintió un pequeño resoplido, notando cómo su dedo se bañaba en una sustancia líquida y pastosa. El perro soltó un gemido de dolor. Miguel le había reventado el ojo derecho.

El ahora tuerto Scooby volvió a separarse de él, centrado en el dolor penetrante de la parte derecha de su cara. Miguel, aun sorprendido por lo que acababa de hacer, y herido con cierta profundidad en el cuello y en el brazo izquierdo, no perdió el poco tiempo que tenía. Cogió una piedra con aspecto duro en la mano sana, la derecha, y la agarró con determinación.

El perro, con la cuenca del ojo derecho rebosando un líquido que había sido su ojo, miró a Miguel con el único sano que le quedaba. Siendo pura rabia, atacó una vez más a Miguel, dispuesto a masacrar a aquel humano que lo había mutilado.

Pero ahora el pacífico corredor nocturno también era muy peligroso; había sacado todo su espíritu de supervivencia y todos sus sentidos estaban a flor de piel. Esperó a que el perro estuviese cerca de él, con una sangre fría que hace dos minutos no habría tenido, y le golpeó con violencia con la piedra que tenía en la mano derecha.

El sonido de varios de los dientes del animal, y quizá su mandíbula, resonó en el camino. El perro cayó a un lado, completamente desfigurado y conmocionado.

El tuerto y ahora mellado Scooby Doo no parecía ya muy peligroso, pero eso ahora a Miguel no le importaba; sentía la adrenalina correr por todo su cuerpo. Estaba muy cabreado y dolorido, y quería matar al maldito bicho. Se acercó al animal, y comenzó a darle patadas en el costado. Terribles patadas con su pierna derecha, que hacía honor a la buena pegada que tenía jugando a fútbol. Una, y otra, y otra. Las costillas del malvado Scooby Doo comenzaron a crujir de manera horrible. Todavía, cuando el

animal ya había muerto a causa de las decenas de patadas, Miguel seguía golpeándole, fuera de sí, hasta que se quedó sin aliento. Eso hizo que su furia animal pasase.

Eliminado el peligro mortal que le había acontecido en el maldito camino nuevo, con bastante sangre perdida por las heridas de brazo y cuello, y con el pie destrozado de patear costillas, se dio la vuelta. Creía recordar que no se había separado mucho de la carretera principal (aunque no lo sabía; eso había pasado hacía 200 años, por lo menos), y anduvo hacía allí dando tumbos, dejando un ostensible reguero de sangre.

Llegó al inicio de la calle, y se acercó tambaleante a la cuneta de la calzada. Le parecía (¡deseaba!) que unas luces se acercaban por la carretera. Un coche. Una persona. Ayuda.

Empezó a gritar y gesticular con la poca energía que le quedaba. Las luces del coche le alumbraron, deteniéndose unos metros más adelante. Gritó una vez más “¡Ayuda, por favor!”.

La puerta del conductor del coche se abrió, y se acercó corriendo hacia él. Pero Miguel ya no veía con claridad; se estaba desmayando. Había perdido mucha sangre. Cayó al suelo, y, justo antes de cerrar los ojos pensó, con una media sonrisa algo macabra en la boca “esta será una excelente excusa...”